

ese cuadro las llamadas *Leyes* de «Residencia» y de «Defensa Social», que son las más altas concepciones de la violencia contra las ideas, los asaltos y los incendios continuados de las empresas periodísticas populares, las turbas estudiantiles ultramontanas capitaneadas por la policía fusilando en las calles á la masa indefensa del proletariado que osa encrespar sus cóleras contra la injusticia, y habréis completado la visión de ese gran país al cual se dirigen con ilusión las miradas de estos pueblos al sentir los estrujonazos de la civilización de mister Lynch.

¿Qué suerte espera, pues, á estas desamparadas nacionalidades? La unión latina con que se hacen agua la boca muchos discursadores ambulantes ¿podrá cristalizar alguna vez con tales elementos?

Tendrá, al fin, derecho moral la conquista que viene del Norte á banderas desplegadas á vitorear su hegemonía sobre el montón de estas miserias?

Podría contestarse que sí, si la moralidad de los conquistadores tuviera algo que reprochar al escándalo permanente de la América Hispana. Desgraciadamente, es ola de fango la que viene á tenderse en nuestro cieno.

La visita de Knox

Hace diez años, cuando las figuras de Washington y Lincoln brillaban aún en los santuarios del ideal americano—al calor de candorosas ilusiones que llevamos ya deshechas en el pensamiento y en instantes de recia tiranía que nuestro pesimismo juzgó eternos—acariciamos la idea—y abogamos por ella—de una posible *anexión* de Costa Rica—COMO ESTADO SOBERANO—á la gran república federal de Norte América. Nuestra idea no fué comprendida entonces, como nos acontece casi siempre, y hubimos de soportar duros reproches de quienes imaginaron que se trataba de facilitar la artera absorción capitalista en que el comercialismo yankee nos trae envueltos. Era nuestra ilusión, sin embargo, entrar como

amos á donde forzosamente habremos de alquilarnos como siervos. La experiencia vino luego á demostrarnos el rematado candor de nuestros idealismos. No se nos ha querido nunca en calidad de compañeros; se nos busca como tributarios. Y henos aquí, abiertos los ojos á la realidad que se impone, oponiendo también la débil fortaleza de nuestros verbo á la invasión que se avecina.

¿Qué viene á hacer á nuestros campos el brazo ejecutor de los designios imperialistas norteamericanos?

Difícil tarea es la de encontrar el móvil de una acción que tiene muchos. Por lo pronto ocurre suponer,—en vista del ostensible desagrado con que el verdadero pueblo de los Estados Unidos mira las actuaciones de la rapiña organizada en las alturas de su gobierno—que el Ministro Knox viene á recoger las ovaciones que según él ha de tributarle el miedo en estos pueblos, para llevar á sus conciudadanos la prueba irrecusable de que las gestiones de su gobierno no lesionan en nada la autonomía de estas nacionalidades quienes, de no ser así, no le habrían dispensado sus ruidosos loores.

Estamos desde luego en el deber de no contribuir á tan innoble farsa, de la cual pueden depender muy bien importantes modificaciones en el extenso plan imperialista que va cumpliendo en nuestras tierras la violencia yankee.

Que el Gobierno agasaje como quiera á su afín. Que los políticos de oficio acudan á recibir en brazos al Mesías que ha de salvarlos del olvido en que van quedando. El corazón del pueblo debe estar mientras tanto cerca de ese otro inmenso corazón popular, que al través de los mares le está dando pruebas de fraternidad al desautorizar las tentativas sojuzgadoras de sus gobernantes.

Si la vida nos tiene reservada una esclavitud, aguardémosla con dignidad y seamos fuertes. No vayamos á recibir entre festejos, á los conculcadores de nuestra autonomía.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN